

puesto que ya se sabe que el vencer no significa mérito, y que sólo el esfuerzo es merecedor del premio?

* * *

Sinceramente me pregunto á mí mismo: ¿Estás enamorado? Y respondo con igual sinceridad: ¡No! Pero en los ojos negros de esa chiquilla hay indudablemente una chispa de amor. Libreme el diablo de dar acogimiento á presunciones que pudieran parecer chochez adelantada. Creo en la susodicha chispa de amor, pero no me envanezco por ella, ya que sé de sobra que el inspirar cariño á una mujer no significa merecimiento alguno por parte del hombre: llena está la historia y desbordante la leyenda de pasiones de las más divinas hacia los más indignos sujetos; princesas amaron á inmundos pastores, y Pasifae enloqueció por su toro. Cierto que ella es un ramo de alegre juventud, sana como el campo; y cierto que hasta el timbre de voz le suena á ilusiones desde media legua; cierto que yo tengo cuarenta y cinco años, pero tampoco de salud corporal tengo nada que pedir á la madre naturaleza, y en el espíritu, si hace tiempo murieron todas las ilusiones,

queda una razonable é inalterable dosis de buen humor y de optimismo á ultranza, que no entristecerán de seguro los sueños de ella, si como me figuro se toma el trabajo de soñar conmigo.

* * *

Acaso el optimismo me engaña, porque de cierto sería sabroso final para la vida recostar la cabeza en el pecho de esta criatura, y dejarse dormir como niño por la canción de ella, que apenas tiene edad de ser madre. Sería sabroso... pero la conciencia pregunta: ¿Sería lícito? ¡Bah! la conciencia no es sino un compendio de prejuicios corrientes. Se ha dado en afirmar que la juventud es para la juventud, y á fuerza de oirlo casi nos ha llegado á parecer un crimen el que una juventud de mujer se entregue á una virilidad madura, y hasta se ha llegado á llamar sacrificio al don de un cuerpo joven en el altar de amor, si no es joven también la mano que lo coge. ¡Prejuicios, prejuicios, prejuicios! Lo esencial es saber si me quiere, porque si me quiere ¿voy, por exceso de conciencia, á desdeñar esta rosa de mayo que me pone la vida en el camino? Y que después de todo, bien puede suceder

que, guiada por su buen instinto, haya elegido amándome el mejor camino para lograr la felicidad, porque yo, que conozco el mecanismo de los sueños, podré, aunque no crea en ellos, conservarles los suyos con más seguridad que un chiquillo como ella, que con ella empezara á soñar á dúo y despeñara la felicidad de ambos por extravagantes caminos de inconsciencia. Me río de mí mismo: nunca faltan buenas razones para defender una mala causa; pero ¿por qué ha de ser decididamente mala esta causa mía?

* * *

Claro es que, si me caso con ella, dentro de cinco años tendrá ella veinticuatro y yo cincuenta, y muy probablemente, reuma; y antes de que ella haya cumplido los treinta, estaré acaso á punto de morirme, y ojalá sea así, porque ni aun con su risa á la cabecera quiero verme caduco y catarroso. Me moriré: mi padre se murió á los cincuenta y mi abuelo á los cincuenta y ocho, después de una vida llena de salud... me moriré y ella se quedará viuda muy joven, y se consolará deprisa, porque en la juventud saludable las penas

duran poco, y volverá á casarse, y ¿dónde estará el mal de toda esta historia? No habrá mal, sino bien para todos: para mí, para ella y para el bienaventurado que la logre mujer y ya experimentada en las sabrosas lides de amor. A mí los celos póstumos no han de atormentarme, y ella encontrará en el segundo amado el apasionamiento que yo no haya podido darle, porque lo que es enamorado, apasionadamente enamorado de ella, creo que no lo estoy; buena prueba de ello es que si quisiera renunciaría á su cariño, que más bien es para mí una voluptuosidad cerebral, una como sonrisa complacida, la lectura de un buen libro á la lumbre, el saboreo de un refresco en tarde de canícula, con el saborcillo excitante de lo inusual, de lo inesperado. Indudablemente, si quisiera renunciaría; si quisiera, pero no quiero, porque el renunciamento es una tontería, y como dice el dicho popular: «Cuando pasan rábanos...»

* * *

Tiene en el espíritu una elasticidad extraña: parece que á cada choque, no sólo rebotase, sino floreciese. Toma en serio todas las paradojas que se le di-

cen, y responde á ellas con otras espontáneas, perfectamente lógicas ó maravillosamente ilógicas, y que defiende con ardor de mártir que sostuviese un dogma; con lo cual siempre, á través de los más complicados laberintos de divagación intelectual, dice la verdad y se es fiel á sí misma. Discurre como un hombre, se apasiona como una mujer y sueña como un niño; y cree en sus ideas, en sus apasionamientos y en sus sueños con fe tan absoluta que parece amor. Habla «ex abundancia cordis» con palabrería original, y casi pudiera decirse fragante; habla, y todos callamos en derredor suyo, y entonces su voz adquiere una sonoridad extraña, que á ella misma como que la despierta del sueño que está alucinándola, y se calla de pronto un poco avergonzada por haberse dejado sorprender en pleno delito de exaltación divagadora. Pienso que será buena cosa escuchar esta voz entusiasta y levemente conmovida, aunque no se le dé mucha importancia á lo que esté diciendo, porque al cabo «los sueños sueños son», en las tardes de invierno, cuando la lluvia caiga monótonamente, y esté uno cansado del tedio de otras voces que sin entusiasmo ni emoción

hayan mascullado durante la mortal hora y media sobre la polarización de la luz ó sobre la influencia del medio en el desarrollo de las formas cristalinas.

* * *

Cuando me dijo, brillándole los ojos de alegría, que me quiere con toda su alma, pero que ha decidido no casarse conmigo hasta lavar con un sobresaliente la afrenta de su cristalográfica derrota, me hizo gracia el capricho, y acepté sin discusión el retraso que ella misma ponía á su dicha; pero he aquí que, desde que la tengo segura, me ha entrado una singular impaciencia por llegar al goce de la tibia felicidad conyugal; el estado atmosférico debe de tener la mitad de la culpa; octubre se ha puesto lluvioso y frío como nunca; todo está gris, húmedo, la casa parece que estuviese deshabitada; Ramona está más fea que nunca; hasta Teófilo ha perdido algo de su espíritu de orden y á veces me encuentro las colecciones llenas de polvo; me parece que he leído ya cien veces todo el papel impreso que llega á mis manos; nadie descubre nada nuevo; las revistas traen los mismos artículos

de siempre; hasta mis propios libros me molestan, y mis amadas paradojas, que tanto regocijo interior acostumbran á causarme, ahora me parecen tediosos artificios de palabrería, malabarismos lamentables, como juegos de prestidigitación que, además de ser fáciles, me saliesen mal. Octubre, repito, tiene la culpa, y yo pago la pena, y por una alucinación extravagante me parece que esta misma casa húmeda, estos mismos libros insulsos, este mismo fallido paradjismo, hasta la cara abotargada de Ramona y los ojos miopes de su sobrino adquirirían encanto nuevo y alegría insólita si sonase dentro de estas paredes la risa tan fresca de la niña del señor de Alcaraz; y meditando sobre tal idea, saco en consecuencia que, puesto que por voluntad suya ha de sonar dentro de medio año, es una tontería solemne que por voluntad mía no suene desde este mismo instante. Me vuelve pesimista esta lluvia tenaz. ¿Quién me responde á mí de que he de llegar á junio con vida? Nada, nada, es preciso casarnos, porque indudablemente, si la primavera es la estación del amor, el invierno es la del matrimonio.

* * *

Es extraño el amor de las niñas inocentes: cuando le he dicho que debemos casarnos en seguida, ha dicho que sí, por darme gusto, pero sin mostrar la menor satisfacción, y al preguntarle yo si después de todo no se alegraba de ser unos cuantos meses antes doctora consorte, me ha respondido con la mayor ingenuidad:—¡Es lo mismo: estando una segura de que quiere y la quieren, año más ó año menos importan poco!—Y sin embargo, me quiere de todo corazón, y muchísimo más que yo á ella; cuando me ve llegar se le encienden los ojos de alegría, y cuando hablo me escucha como si por mis labios estuviese hablando la sabiduría en persona; pero ¡ay de mí! tienen sus diez y nueve años tanta juventud por delante, que no le importa desaprovechar días, y no piensa en que cada una de sus horas inconscientes es casi un siglo para quien lleva ya cerca de medio vagando por la tierra.

* * *

¡Hecho! La ceremonia nupcial es cosa molestísima, y la familia una institución detestable. ¡Siete hermanos, amén del

papá y la mamá, son demasiadas caras largas en una boda «á disgusto», porque, naturalmente, nos hemos casado á disgusto de la familiar. Es una diversión como otra cualquiera esta de disgustarse cuando una hija se casa con quien bien le parece, inventada por las gentes burguesas para darse el lujo de una emoción; porque si no se disgustaran por cosas que no valen la pena, correrían el riesgo de pasar la vida sin disgustos, y como las ocasiones de regocijarse tampoco son muchas ni grandes, es muy posible que en toda una existencia no se tropezase con un solo aceleramiento extraordinario de la palpitación, no sé si decir cordial ó cardíaca. Ella estaba contenta como unas pascuas; mas queriendo fingir por decoro, iba de la llorosa madre al suspirante padre y á los malhumorados hermanos, con sonriente zalamería, y ensartaba sus más desatinadas paradojas para animarlos, y viendo que no lo conseguía, no sabía si reír ó llorar. Viaje al Monasterio de Piedra, no ciertamente por la manida poesía del sitio, sino porque yo temí, como es costumbre en esta ilustre villa, para el amanecer siguiente á la noche del sacrificio, la visita de toda la atribu-

lada familia. En cuanto hemos entrado en el tren, le ha vuelto la alegría sin nubes: charlaba y se reía desafortadamente, se asomaba á la ventanilla, venía á sentarse enfrente de mí y me acariciaba con el terciopelo negro de sus ojos, pero no parecía ni ocurrírsele la idea de un halago más sensual; yo estaba un algo impaciente, pero encontré ridículo precipitar los acontecimientos en el tren. Hemos hablado cariñosa y cordialmente; le he dado las gracias por su «sacrificio», y ella, echándolo á broma, me ha hecho confidencias de su amor, burlándose un poco de sí misma; en el calor de la conversación, le he cogido las manos; ella las ha dejado entre las mías con toda naturalidad; como tuviera puestos los guantes, se los he ido quitando despacio, sin dejar de hablar; sin dejar de hablar ella, ha hecho un lindo gesto entre mimoso y friolero; yo le he besado las puntas de los dedos; entonces ella se ha puesto un poco pálida, y ha cerrado los ojos. Ha parado el tren. Habíamos llegado.

* * *

Tiene un especial sortilegio para ganarse las voluntades: desde luego pare-

ce dar por supuesto que todo el que se le presenta delante la debe querer, y, en efecto, todo el mundo la quiere; en dos días ha domesticado por completo á Ramona, que no estaba en verdad muy bien dispuesta hacia la reina y señora que se le había entrado por las puertas, y ahora mismo oigo cómo señora y fámula hablan en la cocina y se ríen mientras preparan—ella ha venido á comunicármelo con la mayor formalidad—un plato de dulce con arreglo á una fórmula química que no puede fallar. En cuanto á Teófilo, creo que ha perdido por completo su siempre dudosa humanidad, y anda detrás de ella como perro faldero. Tiene una alegría tiránica, y ha llenado la casa de luz: porque hasta los elementos parece que son cómplices suyos, y aunque el día amanezca nublado, afirma con tan despótica fe que ha de salir el sol antes de mediodía, que hasta el sol mismo acaba por darle gusto... y sale. Y así estamos todos, con el alma al sol puesto que ella lo quiere.

* * *

Se ha traído de casa de su padre media docena de canarios, y hasta dos

centenares de libros. Asusta pensar lo que ha leído esta criatura, y á mí me dió, en el primer momento, un poco de miedo, por la semilla de locura que pudieran traer en las traidoras páginas, la invasión de filósofos y místicos, que iba ella colocando con toda seriedad entre la austeridad de mis libros de ciencia. Hace una vida que á la mayoría de las gentes pudiera parecer extravagante, pero que á mí me llena de regocijada admiración. Se levanta temprano, se emperijola, gastando toda el agua de un río, hace una inagotable sarta de devociones, abre de par en par postigos y vidrieras, alborota para despertarme: yo no soy dormilón, pero suelo hacerme el dormido, por darle el gusto de alborotar, y darme á mí el de oirla. Discute con Ramona el menú de comidas y almuerzos, y trastorna todas las ideas sobre el método y la clasificación de mi buen Teófilo, estableciendo en mi despacho promiscuidades fantásticas, que á ella le parecen la cosa más natural del mundo, entre la ciencia, la devoción y la literatura. Mientras comemos y cenamos, habla muy seria de mis clases y de sus sueños; cuida sus pájaros como si estuviese cumpliendo un rito; lee á sus

filósofos sentada en el suelo, comiendo bombones de chocolate y pone el rosario de señal entre las páginas de Max Stirner; estudia con toda aplicación, porque tiene el vicio poco femenino de aprenderlo todo, con el gato en la falda y columpiándose en la mecedora; está muy empeñada en trabajar conmigo, y, verdaderamente, es buena auxiliar porque comprende pronto, recuerda deprisa y llega á las deducciones finales de un salto, sin pararse en relaciones intermedias, pero toma las notas muchas veces en pie, con el libro en la mano y el papel en que escribe apoyado en la pared ó en el cristal de la ventana; se ocupa del arreglo doméstico, danza en la cocina, y lleva las cuentas como un ama de casa; pero todo lo que hace lo va haciendo como si no le diera importancia, como un juego, como una diversión, y aunque nunca está ociosa, siempre tiene el aire de no tener absolutamente nada que hacer. Su desorden, su ruido, su actividad regocijada, su andar de gata, su tragar de hormiga-cigarra, son como una perfecta matemática, ya que, á pesar del aparente desequilibrio, guardan armonía perfecta con su sér interior, con el matiz especial de su

lozano espíritu, y están regidos por leyes tan inmutables y científicas como la más almidonada rigidez. Yo me quedo mirándola, cuando por las noches, sentada junto á la chimenea, se queda un poco pensativa y casi, tanta es la intensidad de su abstracción, casi un poco triste, y recuerdo las risas desatadas y las regocijadas paradojas con que ha estado jugando hace un momento, y me pregunto si este claro matiz de su alma, si esta elasticidad de su espíritu, si esta constante rima de su vida en sonrisa y trino, serán cosa inconsciente ó exceso de consciencia; y me da respeto y un poco de terror supersticioso el misterio que acaso pueda haber detrás de aquella serena y pensadora frente; pero, cuando á los cinco minutos de mirarla y callar, ya me voy inquietando, abre ella los ojos, y me sonríe con tanta ingenuidad, y dice con tanta sencillez una frase mimosa ó alegre, que mando á paseo todas mis intrigadas cavilaciones.

* * *

Toda sensualidad la resuelve, filtra y purifica instantáneamente en una exaltación de ternura: es de esas mujeres que no darán un beso, sino queriendo